ÉPOCA IV — BARCELONA 12 DE ABRIL DE 1916 — NÚMERO 298

Tierra y Libertad

Número suelto: 5 céntimos | Redacción y administración: calle Cadena, 39, 2.°, 1.°

Paquetes de 30 ejemplares . . . 1'00 ptas
Suscripción: España un trimestre . 1'00 »
» Extranjero » . 1'50 »

Y... ACABÓ EL SAINETE

La indigna farsa de la preparación para las elecciones de diputados a Cortes terminó el domingo último, y todos los que encarnizadamente luchaban por ser elegidos, han quedado satisfechos.

Según ellos, todos han triunfado; materialmente unos y moralmente otros. Unicamente ha resultado derrotado el pueblo, que dando muestras de su incapacidad ha servido de juguete a todos, renunciando a su personalidad y nombrándose él mismo sus directores, sus amos.

Y la comedia se repetirá. Los presuntos padres de la patria irán al Parlamento, unos a sanear sus averiados intereses y otros a creárselos. Y todos juntos a explotar y tiranizar al pueblo.

Por lo que afecta a Barcelona, jamás se ha visto mayor rebajamiento moral en el lenguaje empleado por los candidatos y muy especialmente por los republicanos. De su prensa, de sus carteles, de sus manifiestos, había que apartar la vista con asco, y así como a las lecturas pornográficas suelen ponerles el aditamento de «sólo para hombres», a la propaganda electoral debieron haberle puesto «sólo para degenerados».

Los medios empleados para conseguir el acta; los capitales a ello dedicados, dan idea de la magnitud del negocio que supone el poder formar parte del Parlamento, el ser árbitros de los destinos del país y poder influir en la confección del presupuesto, en el que si figuran partidas pára pagar a los sostenedores del régimen, también hay otra conocida con el gráfico nombre de fondo de los reptiles, que sirve para contentar a los que representan el papel de enemigos del mismo régimen.

Como demostración palpable de la farsa de las elecciones, basta decir que en Barcelona, un periódico monárquico, que representa la política del actual présidente del Consejo de Ministros, recomendaba muy eficazmente que los monárquicos emitieran su voto en favor de los republicanos radicales.

Ya acabó el sainete. Pronto se constituirán las Cortes y allá veremos como se lanzan todos a devorar al pueblo, votando millones para construir barcos de guerra, y no destinando ni una peseta para construir carreteras, canales de riego ni ninguna obra que pueda ser de utilidad.

Y pasarán los meses, tal vez los años; y cuando los monárquicos del bando de enfrente hayan derrochado lo que consiguieron acaparar mientras ocuparon el poder, una nueva zancadilla, un nuevo asalto, producirá la crisis política que traerá la necesidad de nuevas elecciones legislativas y otra vez la imbecilidad humana prestará su concurso a la innoble comedia de considerarse soberana un día, porque así conviene a los directores de escena.

Y esto, sencillamente, asquea.

LAS MAYORÍAS

Observemos un poco las mayorías; veamos con algún detenimiento lo que hacen.

La mayoría cree en dios, o cuando menos lo invoca cuando se ve en algún trance apurado. Esto nos demuestra que la mayoría aun no se ha curado de las creencias sobrenaturales, metafísicas.

La mayoría se casa, bautiza y entierra cívica y religiosamente. Esto no es metafísica; esto es rutina, convencionalismo.

La mayoría cree que venimos al mundo para trabajar (los pobres, se entiende). Esto en los pobres es ignorancia, servilismo; en los ricos estultez, picardía, maldad; pues ellos bien saben sofisticamente demostrar a los ignorantes que no deben trabajar porque son los amos.

La mayoría es partidaria de la caridad, de la filantropía; tiende la mano al señor con humildad, para que éste le de la limosna de la caridad o el salario a cambio del producto de su trabajo.

La mayoría se entretiene y gasta sus energías en defender un real, dos o tres, para aumentar su salario con el cual cree disminuir la escasez de alimentos en sus hogares, cuchitriles, pocilgas, o como queramos llamarles.

La mayoría va al cine, al café, al salón-varietés, a la taberna, a los toros y demás lugares nauseabundos, embrutecedores; representaciones soeces, sicalípticas, bárbaras y bestializadoras.

La mayoría vota, aplaude, lee, escucha con entusiasmo, con delirio, al charlatán que habla como máquina parlante, al embaucador, castrador, adormidera, al político.

La mayoría se entusiasma en todas las fiestas religiosas, cívicas populares; le admiran los objetos brillantes y de colores vivos; el uniforme del militar, el traje de luces del torero, el ropaje de santos, curas y sacristanes; las músicas bélicas, las marchas, los desfiles militares, y, por lo tanto, las mayorías se arrastran, se empuercan, se revientan produciendo, se desgastan ayudando y trabajando; se alcoholiza, brutaliza; sirve a la patria, va humildemente al campo de batalla, se atacan, se chocan, vociferan, gimen, se muerden, se hieren, se matan, se despedazan, se diezman, se aniquilan...

. . . . . .

Cuando a alguno de estos pertenecientes al conglomerado llamado masa, se le quiere hacer ver la maldad de las cosas que hemos enumerado, suele contestar que «no deben ser malas cuando todo el mundo las hace». Solo ponen alguna repugnancia en aquello que ven que más directamente les perjudica, pero siempre tienen un «pero» maldito: «qué le hemos de hacer; siempre ha sido así; quién se calienta la cabeza para cuatro días que va uno a vivir.» Esta es toda la filosofía de esos individuos, de esa masa; filosofía que puede condensarse en estas tres palabras: ignorancia, resignación, servilismo.

Y sin embargo, ¿podemos decir que esta es la masa de ayer? No; de ningún modo; los pueblos, las masas anónimas evolucionan, porque son una ínfima parte del gran Todo, del Cosmos, que incesantemente se mueve, se agita, se transforma. Lo que sucede es que las minorías, llevadas de su buena fe, anhelantes de alcanzar lo más pronto posible el bienestar y la felicidad, la libertad y la justicia, se les hace pesada la marcha del vehículo donde cabalgan las masas de los irredentos, de los oprimidos, olvidando las más de las veces que siempre hubo una minoría exploradora, investigadora; que cuando el pueblo llegó a considerar el buque de vela como bueno, los individuos, la minoría, le presentó el de vapor; cuando las masas acataron el ferrocarril, el individuo le presentó el tranvía eléctrico, el automóvil, el dirigible, el aeroplano.

En el orden de las ideas sucedió igualmente. Cuando los pueblos consideraron el liberalismo mejor que el absolutismo, el republicanismo surgió gallardo y valiente; mas cuando las masas acataron estas ideas políticas, unos individuos, una minoría se reunió entusiásticamente y surgió la Internacional Obrera.

Cuando la mayoría se percate un tanto de los ideales de fraternidad y libertad universales, no faltarán minorías que descubran, en su incesante investigación, nuevos horizontes hacia donde dirigirse y a donde llegarán.

Por ahora el horizonte que vislumbramos es el de otra sociedad diferente a la presente; sin verdugos, tiranos, esbirros, carceleros, curas, frailes y burgueses. Una sociedad conforme, todo lo más posible, con las leyes de Natura; todo amor, libertad, igualdad, fraternidad.

Sigamos impertérritos hacia ella; sigamos gallardamente explorando, investigando sin cesar, con la seguridad de que llegaremos ¡cómo no! que siempre el hombre donde se propuso llegar llegó, y con bríos y altivez si iba inspirado en el bien y la justicia, como vamos nosotros.

¡Arriba, siempre arriba!

ILE GALES

Tánger.

Del ambiente y de la vida

Hormigas y Cigarras (1)

Canora, gozosa, expectante del áureo esplendor de la vida ociosa, recreándose en la inacción bienaventurada, pasó el verano entero la cigarra gentil; llegada la estación inclemente, sintió los apremios torturadores del hambre y del frío, y, desolada y triste, llamó a la puerta de su vecina, tan laboriosa como ahorradora. La hormiga no es generosa, ni, menos, espléndida; es éste su menor defecto.—¿Qué hacías en el verano?—pregunta—. —Señora—contesta la aturdida tiple—cantaba. —Pues bien—replica la egoísta—baila haora. *Dansez maintenant!*

La fábula queda bruscamente cortada. Faltaba decir que la cigarra no murió de hambre, que vivió feliz y se reprodujo en términos que ahora hay más cigarras que nunca

—Hubieras entregado el dinero á los banqueros—dice la voz del Justo—y me lo devolverías ahora con usura. Pero Jesucristo no prestó; hizo más: no ahorró. Sublime cigarra de los tiempos, pasó el verano de su vida cantando la fraternidad humana, el enamoramiento del ideal, la belleza del sacrificio; lo mataron las hormigas farisaicas, pero resucitó al tercer día, antes que las treinta monedas de Judas llegaran á producir interés.

—¡Oh!—clamará Francos Rodríguez—¿Y es esta la propaganda que mis amigos hacen al Ahorro Postal? En verdad, el ahorro es cosa peregrina. Echad, obreros laboriosos, en la ranura de las cajas flamantes una moneda de cinco céntimos; recibiréis en cambio un sello, y acaso oiréis una linda pieza de música. Suprimendo el aceite de las alubias ó el tocino de los garbanzos ó el pan de la merienda, sacrificio en verdad un poco penoso, al cabo de veinte años, es decir, cuando os caigáis de viejos, habréis reunido... A ver... ¡Eso es! Habréis reunido setenta y tres duros, con los cuales, llegado vuestro fallecimiento, podréis hacer, durante tres semanas, las delicias de un sobrino carnal.

Entre tanto, vuestros compañeros cigarras, se habrán alimentado mejor, tendrán más energías, producirán más. Y si alguno de ellos se encuentra miserable al llegar la vejez, llamará a las puertas de las formicineas. ¿Creéis que les enviarán á bailar? Nada más equivocado. Les procurarán casa, luz, alimentación, recreo é higiene. Para eso está la Beneficencia.

Entonces, ¿no debemos ahorrar? Entendámonos: conviene ahorrar en lo supérfluo, en lo que no es preciso a la sana conservación y vigorización de nuestro cuerpo o al enaltecimiento de nuestro espíritu; pero economizar la cubicación de aire respirable porque tal vez dentro de treinta años tendremos que llamar a las puertas de un amplio asilo; robar a nuestra alimentación las necesarias calorías, pensando en que puede ocurrir que de viejos no nos agrade la sopa con huevos de la residencia de ancianos; privarnos de las energías necesarias para producir riqueza, en vista de la contingencia remota de que no tengamos dinero para el entierro, o dejar de adquirir un libro que nos hace falta porque, enredando el diablo, puede hacer que, en la vejez, la manta que nos envuelva sea procedente de una manda piadosa, cosas son que parecen algo disparatadas. Economizar... muy bien; pero ¿en qué? ¿En el automóvil? ¡Magnífico! ¿En las frutas? ¡Idea soberana! Pero en el aire, en el pan, en la carne, en el azucar, en el trigo, en la lectura, en la educación de los hijos, en la alegría de cantar de vez en cuando la romanza cigarresca del arte vivo, será muy sociológico, muy alemán, muy conforme a los postulados de la Economía política; pero no tiene maldita la gracia.

Por eso admito las economías de un Morgan, de un Astor, de un Rockefeller y de un Mackay, pero no me seducen ni las libretas escolares ni las economías postales que se cuentan en céntimos.—¿Qué ibas a hacer, infeliz niño pobre, con esos cinco céntimos que te ha dado tu madre para solazarte el domingo?—Ibas a comprar una naranja para rodarla por el césped y saborear, una vez fatigado, su zumo aromatizado y refrescante.—No, chiquitín, no. Compra un sello y pégalo en esta libreta. Verás, cuando seas viejecito, qué cinco duros tienes.—¿Qué ibas a hacer, trabajador humilde, con esa peseta?—Iba a preparar la merienda en el campo, o a ver una comedia, o a departir con mis amigos de cien esperanzas, no por irrealizables menos risueñas.—No hagas tal; ahorra. Guarda la peseta y economiza otra semana! en los alimentos. Impónla en las cajas de «La Bienhechora Problemática». Ya verás, al cabo de medio siglo, qué hermosos dos reales de pensión vas a disfrutar, si no ocurre alguna contingencia desagadable.

¡Manes de Hume, de Juan Bautista Say, de Quesnay y de Flores Estrada! Perdonad que, por un momento, encuentre vuestra ciencia un sí es no es irónica.

Conviene ahorrar: he aquí una verdad como una Academia de Ciencias Morales. Conviene vivir; he aquí otro aforismo del tamaño del alcázar de Pero Grullo. Pero para el trabajador manual, y aun para la mayor parte de los que se llaman intelectuales, las dos cosas son incompatibles. ¿Qué cantidad se necesita para que una familia pueda vivir higiénicamente? ¿Quince pesetas? ¿Diez? La mayor parte de los españoles no pueden contar con ese ingreso. Y vivir higiénicamente es más importante que poseer una cartilla en el Monte. Aconsejar que ahorre a quien vive mal es recomendarle que viva peor. Y hay que economizar, no sólo dinero, sino calorías, energías, vigor, alegría y sentido común. ¿De dónde se saca el dinero única riqueza? ¿Qué especie de fisiocratismo se quiere combatir o crear? El dinero sirve para algo, y guardarlo es, a veces, derrochar salud, entendimiento y fuerza. ¡Qué fácil es economizar a la hormiga, que todo lo roba! ¡Qué penoso ahorrar a la cigarra, que carece de medios para asegurar la alimentación en el día siguiente!

La institución del ahorro popular es admirabilísima, como lo es el ahorro escolar y lo son todos los ahorros. ¿Hemos de consignar aquí las cifras consabidas que demuestran la prosperidad de las sociedades cooperativas y llegan en sus fantasías a decirnos el número de billones de duros que hubiera producido un solo centavo colocado a interés compuesto, desde el primer año de la Era Cristiana? ¡Ah, si hubiera colocado Pilatos ese céntimo a tal interés! Tendría ahora una bola de oro como siete veces la Tierra. Sólo que Pilatos no existiría y la bola sería de papel de valor nominal, porque no hay oro en parte alguna con que poder hacerla.

Con un solo penique, *The Prudential*, Sociedad de Seguros, llegó... á quebrar, como el Banco de San Fernando. Los números hacen maravillas. La cooperación es la fuerza más grande del siglo. Pero lo es para el todo. Para el individuo que no cuenta con medios suficientes de vida, la economía de dinero es derroche seguro de existencia, la previsión es imprevisión. Lo primero, es vivir; luego, filosofar sobre Economía.

Bien venidas sean las instituciones de ahorro. Pero malaventurados, por todos los siglos de los siglos, los predicadores sempiternos que ensalzan a la hormiga e injuirían á la pobre cigarra. No todo en la vida es allegar en trojes; no lo hacen los pájaros del campo ni los lirios del valle. Tanto como dejar repleto un granero puede valer dejar vibrado en el espacio un canto de alegría jocunda y de noble desinterés.

ANTONIO ZOZAYA

(1) Por creerlo interesante y de actualidad, reproducimos el presente artículo publicado en *Mundo Gráfico*, como reproduciremos otro del mismo autor y sobre el mismo asunto, en el número siguiente.

El hombre en la sombra

I

Lloraba la ciudad entera bajo el yugo del tirano; bajo la represión brutal de sus miserables servidores. No había una familia que no llevase un duelo en el alma, un rencor en el pecho. Temblaban las madres por sus hijos, las esposas por la suerte de sus maridos. Un terror de muerte invadía los ánimos más esforzados. Nada parecía poner freno a la perversidad del verdugo; nada era para él respetable: las libertades que tras años de cruenta lucha el pueblo cimentó con su sangre, barrenadas, burladas fueron por su despótico mandato; los hogares fueron asaltados, la dignidad maltratada... ¡hasta la misma muerte se vió escarnecida por su ilimitada soberbia!

La miseria roía las entrañas de los proletarios, pero éstos no podían levantar la voz en aire de protesta, porque los tiros de la esbirralla ahogaban la palabra en las gargantas miserables.

¡Luto, ansiedad, terror por todas partes!

II

Aislado en la sombra de apartada buhardilla, un hombre asistía, ignorado por todos, a la horrible tragedia que desolaba a la ciudad. Veía los sufrimientos del pueblo; sentía junto a sí los gritos impotentes de rabia, lanzados por los infelices a quienes destrozaba el pie implacable del monstruo y los llantos de las almas destrozadas por el dolor sin medida.

Veía también como paseaban satisfechos su crimen los malvados opresores; como, creyéndose inaccesible en su cerco de bayonetas, reía con el orgullo de su impunidad la odiosa bestia.

Y en sus ojos, brillantes y profundos de visionario, encendíase la chispa del odio vindicador. Y en su cerebro, arca de pensares sublimes, iba adquiriendo vida la idea roja de venganza, fecunda y justiciera. Y en su alma, nido de tempestades, hallaban un eco todos los dolores, y hacían surco todas las lágrimas. Y cada mañana, cada noche, sus labios repetían, como en oración: «es necesario, es necesario».

III

Reía con cínico gozo el opresor; de su garganta salía un hipo de satisfacción, y sus ojos despedían chispas de júbilo. Había triunfado; era el absoluto, el dueño por todos obedecido. Bajo el golpe de sus esbirros habían caído los hombres más bravos de entre el pueblo; por miles yacían encerrados en las cárceles purgando el delito de su altivez. Nadie osaba levantar la voz; todos doblaban la cerviz, resignados o abatidos. Reía el monstruo. Llevaba a los labios la copa de *champagne*, en honor de su victoria.

Entonces, en la sombra se agitó un hombre. Sus ojos brillaban en la obscuridad, con irisaciones extrañas, y mientras sus manos acariciaban algo entre sus vestidos, sus labios repetían como una oración: «es necesario, es necesario.»

IV

Sobre las gradas del patíbulo, la sangre adquiere al sol reflejos siniestros.

Retira el verdugo su manchada cuchilla, y los guardias mantienen lejos a la masa